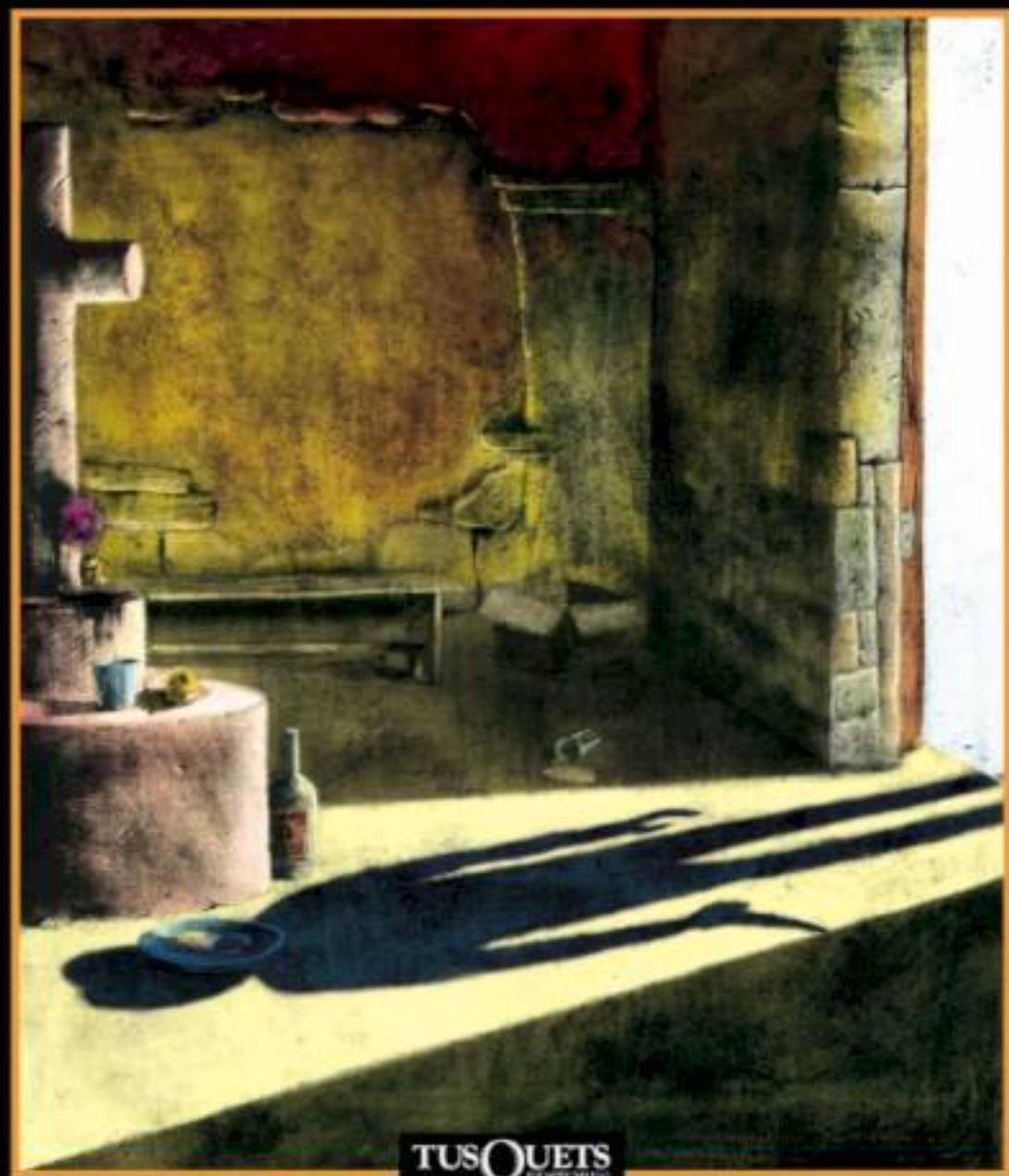


Élmer Mendoza

CÓBRASELO CARO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Había perdido sus recuerdos...

Acerca del autor

Créditos

Para Leonor

El hombre no vive: resucita.

Roberto Juarroz

Había perdido sus recuerdos y le gustaba; le quedaban unos cuantos, cierto, pero eran nombres, lugares y frases que apenas le daban un lugar en el mundo; vio sus uñas recortadas y se las sopló: limpias, se talló la barbilla, flan de manzana; su pensamiento era corto, sin olor ni sabor, le acomodaba bien la ligereza, Si la velocidad de la luz es de 300 mil kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad?, sonrió, ¿Por qué no había llegado Lily?, Siempre se puede elegir el sufrimiento, ¿de dónde sacaba eso? Encendió la tele pero no le entendió. Una frase: todo hombre es una idea de Dios y de sí mismo, sacudió su cerebro engarrado, ¿qué quería decir? Escudriñó el buró, Qué problema con Dios, apenas aparece y se apodera de todo, entonces uno no puede saber qué dijo, cómo lo dijo y para qué lo dijo. ¿Se había tomado las píldoras? Su mujer debía saber; sin preguntas o respuestas, vivía en un estado de cómoda inconsciencia, dejaba que su mente navegara entre el sí, el no y el no sé, Pero salió de viaje, fue a ver a su padre, ¿dónde vive? A sus hermanos, ¿y los recuerdos, a dónde van? Lo único que no olvidaba eran las piedras: su matiz, su peso, su forma: eran la razón de su vida, su conexión sagrada con el mundo.

Sentado en su cama, recargado en la cabecera, apenas notó que oscurecía. Con graciosa torpeza sus padres se instalaron a los pies, no les puso mayor atención porque creyó que era alguna sombra que al fin se había decidido a irrumpir en su habitación, Llegó tu hora, Nahual, expresó su madre con voz clara, bromeando, Si no te molesta te queremos en el panteón del pueblo, ¿Qué pueblo?, Con tus abuelos, tíos y primos, su padre dejó caer el brazo sobre los hombros de su compañera levantando un polvillo sensual. Aquí fue donde los recordó completamente, accionó el apagador pero continuaron en penumbras, vislumbró sus rostros resecos, él de negro, ella de blanco, elegantes, ajados, pero cariñosos. Encontró sobre el buró el agua y las píldoras pero no las tocó, ¿Para qué quieres luz?, Para verlos mejor, Estamos igual, ¿verdad, tú?, He visto tanto estos días que dudé, La luna es suficiente, Nahual. Fijó la vista, reconoció sentirse sosegado, habituado; claro, tenía años lidiando con las sombras, ¿dónde los había enterrado? Infelices que no encontraban su lugar. Volvió a las figuras que flotaban tranquilas. ¿Hologramas? Para nada: sus padres sonrientes, lejos de la sepia, ¿Significa que voy a morir?, ¿Morir, qué palabra es ésa, tú?, Significa lo que significa, algunas personas lo entienden así, él vio imbatible el muro del azar en su cabeza, balbuceó, Necesito tiempo, olía a maleta vieja, No mucho, se puede decir que unos minutos, ¿lo podrían conseguir? Su padre lo miró severo, Déjate de chiquilladas, Nicolás, le llamó la atención la madre, Tamaño hombrón y con esas tarugadas, Es tu hora y ya, y no estás para poner condiciones, el padre no había sido tan estricto como se oyó en ese momento, Te toca, Nahual, y no te dilates que no hemos venido de paseo, la madre siempre es la madre, El camino es un enredijo pero con nosotros de guías llegarás en lo que debes llegar, ¿verdad, tú?, Esperen, buscó sus pantuflas, Por favor, transpiraba emocionado, Antes quisiera que..., de veras tienen que ayudarme, trató de beber agua pero volcó el vaso sobre la alfombra,

tras la ventana todo era luna llena, Llevo años enfrentando cualquier cantidad de adversidades y no quiero dejarlo así, es muy importante; casi nada recuerdo de mi vida pero no importa, sólo quiero salir de ésta, de veras, estoy muy cerca del final. El aire movió la cortina, No seas ridículo Nicolás, ¿qué no eres hombre? Sabemos que no es fácil controlar el temor, es natural la resistencia, ¿Fui miedoso?, No lo recuerdo, en ese momento advirtió que el perro del vecino aullaba, No fue, lo apoyó la madre, Siempre supo plantarse, acuérdate cuando se extravió en aquel naranjal, esperábamos encontrarlo llorando y nada, aparte de que no se comió ninguna en cuanto nos vio nos sonrió muy propio él, Nadie puede conseguirte tiempo m'ijo, o sea que ya es ya y no hay manera de cambiarlo, Así es, Nahual, cuando te toca, te toca. De la casa de junto llegó la voz cariñosa del señor Ferguson que intentaba tranquilizar a su perro. Se peinó con los dedos y se puso de pie, sus padres se sostenían sobre el colchón, oscilaban, Dejen que les enseñe lo que tengo en la habitación del fondo. Caminó hacia la puerta, había dado un par de pasos cuando el cristal de la ventana se corrió violentamente. Ventarrón. Silbidos. Cortina flotante. Un monje de facciones conocidas les allanó el camino y sin decir adiós, sus padres se desvanecieron por el hueco seguidos del religioso. En su lugar apareció Severiano Jiménez con su mirada torva y sus escupitajos de desprecio, ¿Y ahora? Un horrible aullido lo engulló todo. Después, un silencio de espátula, que es el silencio en estado puro.

Querido Marsalis, sé que no te gusta esta expresión pero de momento no tengo otra: estoy traumada. Nick soñó anoche, ¿lo puedes creer? Acuérdate que es un bulto y así duerme, incluso nunca cree que yo sueñe con tanta frecuencia. Se encontraba bajo una cruz de ceniza hecha sobre un cristal muy claro, un moño de palma bendita le cu-

bría la cara y no podía moverse, él y su familia se refugiaban de un pavoroso ciclón en una casa pequeña, a través del cristal veía su cara maquillada como una geisha, qué asco, ¿no? Insistí en que tenía que cuidar su dieta, todas esas salsas picosas, los condimentos, la harina, la grasa, lo están convirtiendo en un cerdo; no quiere ni oír hablar de la ensalada de lechuga con betabel que es tan buena para el hígado, tampoco quiere tomar sus cápsulas de algas mediterráneas ni las papas cambray; ¿por qué los hombres son así?, creo que los metrosexuales han llegado demasiado tarde. Poco queda de aquel magnífico cuerpo que aterrizzaba a los enemigos de los Spartans y que enamoraba a cuanta mujer pasaba a su lado; ¿qué tiene contra la comida orgánica si lo único que obtiene son beneficios? A ver, tú, que todo lo sabes y lo que no sabes lo inventas, respóndeme, y no me salgas con que me lo advertiste desde un principio. Luego oye esa música mexicana de perdedores tan horrible, *ojalá que te vaya bonito*, ¿qué es eso?; y lo que más me preocupa: su desinterés por el sexo, no es que me ande muriendo por ello, bueno, a lo mejor sí, ¿para qué sirve un macho si no es para eso? Más de una vez te conté que era insaciable, ay Dios, no sé por qué te cuento estas cosas, mejor olvídale, confórmate con saber que no me ando muriendo pero lo extraño. Tiene su lado ridículo por supuesto: el muy canalla finge estar perdiendo la memoria, ¿qué crees que me preguntó esta mañana durante el desayuno?: mi vida: si la velocidad de la luz es de 300 mil kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad?, ¿lo puedes creer? Te digo que algo le está ocurriendo. Después me propuso ir a México; en menos que te lo cuento perdí el mal humor, ah, Los Cabos, cómo me gustan esas playas ingenuas, como les llamas; espero que estando allí se le despierte lo que tenga dormido; ay Marsalis, no me pongas nerviosa, ¿lo tendré que cambiar tan pronto? Voy a llamar al doctor Allen. Tal vez le haga falta un buen tratamiento hormonal, se trata de pasarla bien, ¿no?, ¿crees que me he

repuesto del hospital? Nada, un día te contaré mis pesadillas para que veas que no te engaño. En fin, espero que Los Cabos nos ayuden, es un ambiente adecuado, puedes orientar a la gente en cómo tratar a las ballenas y comer sano.

Si la velocidad de la luz es de 300 mil kilómetros por segundo, ¿cuál es la de la oscuridad? Después de un largo viaje se hallaban a un lado del volcán Ceboruco en Nayarit y la puesta de sol era de una belleza humillante. Bebían ginebra fría. Pureco pensó en sus padres muertos hacía tiempo, en los viajes que no hicieron, en la llamada a las tres de la mañana: ¿Tía Carmen?, Resignación, m'ijo, ¿Cómo fue?, Aquí la muerte no es como allá, es muy ruidosa: pisa chueco, arrastra algo, es asmática, no sé, el caso es que me despertó pero no me quise levantar, la oigo tan seguido que ya no me alarma; ah, pero después oí un silencio que, no no no no no, ése sí que me espantó; me levanté y fui a ver; había dejado a tus padres en la sala y ahí estaban los pobrecitos, quietos, sonrientes, con la tele prendida.

A su derecha, Lily dormitaba sobre una toalla. Él intentaba distraerse lanzando piedras a las lagartijas, estudiando el zacate, pero un vórtice cada vez más intenso se lo impedía. Una carcoma que lo acompañaba desde Chicago y que al entrar en tierras mexicanas se agudizó. ¿Qué significaba? No era un hombre de presentimientos o de premoniciones.

El suelo era negro e irregular, de lava volcánica, y las yerbas crecían dispersas. El cielo hería. De pronto anunció: Encontraré las piedras del cuerpo de Pedro Páramo sea como sea, ¿Cuándo las perdiste? Lily, que se hallaba malhumorada y recordaba mal su lectura de la novela más importante escrita en español en el siglo XX, pero no así el final, objetó: ¿Qué no se hace polvo?, Pureco sacó de su guayabera un ejemplar bastante maltratado pero no lo abrió, sólo por seguridad pronunció las últimas palabras: «Dio un golpe seco

contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras», ¿Cómo se llamaba la mujer que intentó moverlo al final?, No me acuerdo, bebió el resto de ginebra de su vaso térmico, desde luego que se acordaba, sólo que pensó que no valía la pena mencionarlo, tomó un pedrusco del suelo, lo sopesó y lo guardó junto al libro, Lily se puso de pie, ¿Tienes idea de dónde encontrarlas?, cuatro gavilancillos sostenían el universo, No.

Correr es una forma de ser feliz, y el señor Ferguson lo hacía en su jardín sobre los rododendros y las gerberas sin afectarlas demasiado. Su perro lo seguía con entusiasmo: saltaba, ladraba e iba por el hueso de plástico a donde se lo arrojara. Dos veces saltó la verja del cuidado jardín de los Pureco para ir a su rescate. Qué momentos vivía el señor Ferguson. Su rostro era la estatua de la Libertad. Después le ponía la correa, tomaban la calle larga, poblada de maples y cipreses y se iban muy juntos, convencidos de que el compañerismo es sagrado y de que la vida hay que vivirla.

Lily abandonó el avión temerosa, no deseaba ese viaje, dejar a su familia emocionada con la historia de su marido no disminuía su preocupación; de no haber insistido el doctor Allen habría permanecido en Calgary unos días más. Hacía años que su esposo no era el mismo, desde que se obsesionó con la búsqueda del cuerpo de Pedro Páramo, su contacto con la realidad resultaba muy singular y ella había dejado de preguntarle. Era una maldita locura y cada que podía se lo restregaba en la cara: Tienes tus negocios, tus buenas relaciones, tu futuro asegurado, ¿por qué te ocupas de estupideces?, ¿por qué las buscas?, ¿no te basta con las que la vida te da?, ¿te estás metiendo algo? No obstante, esta vez no lo haría, simplemente lo obligaría a volver a Chicago, a ponerse en manos del especialista. Tal

fue el acuerdo con el médico que por enésima vez le aseguró que no era alzheimer, el hombre simplemente había reducido su vida a una misión, el resto no le interesaba. Uno no puede desamparar a su pareja, pero todo tiene un límite. Le había llamado al hotel el día anterior: Tienes que ir por mí al aeropuerto, anótalo en tu mano y si te bañas que no se te vaya a borrar, come bien y mañana nos vemos. En la Aduana la pasaron con una sonrisa y siguieron revisando minuciosamente las maletas de un brasero que volvía. Pureco la esperaba tranquilo, más prieto que nunca y con un enorme virote de regalo. Sonrió. *La vida en rosa*. Veintiún años viviendo juntos y aún intentaba sorprenderla. Lucía un disparatado bigote mexicano de cuatro días.

Guadalajara en un llano.

En el camino le explicó lo de sus padres, que debía darse prisa con las piedras que le faltaban, Nicolás, el doctor Allen está muy contrariado, quiere verte cuanto antes, ¿Quién?, Por favor, Nick, no te expreses así, el doctor es una eminencia, y si lo quieres saber yo tampoco entiendo, ¿qué es ese asunto de tus padres en nuestra casa conversando como si nada? Los muertos no se aparecen, Nick, no hablan y naturalmente, no dan prórrogas, Claro que se aparecen, no estoy loco, era explosivo, ¿Te acuerdas del monje de los zapatos feos? Pues allí estaba también, abrió la ventana, impidió que llegáramos a un acuerdo, debo apurarme porque no sé qué tiempo tengo; y en cuanto a ti no me importa, si no quieres acompañarme nos regresamos al aeropuerto y te me vas derecho a Chicago, Lily lo observó, supo que su intento era un fracaso, ¿Y ahora? Contó hasta doce y se calmó. Se dejó sorprender por la ciudad: ¿No había más árboles, Nick?, No sé, antes de ir a Canadá le había preguntado el nombre de sus padres y no sólo se tardó en responder sino que lo hizo mal, También vi tu sombra, comentó, ¿Mi qué?, Tu sombra entró en la habitación de las piedras y se perdió, Ay Nick, realmente estoy deshecha. En un semáforo, por la calle Hidalgo, ofreció el virote a unos

niños que la miraron con indiferencia. Vestían antiguos trajes oscuros con corbatas ajadas. Evocó a Macedonio Fernández cuando desaparecieron abruptamente. Pureco sonreía.

Apulco a las once de la mañana es un desdén tapatío.

En el solar de la hacienda de los Vizcaíno Arias se ha construido un convento para varones. Se coló sin autorización. Intentó experimentar algo extraordinario pero no pasó nada. Incluso la inquietud se había atemperado. Había transcurrido un mes desde la tarde en el Ceboruco y no alucinaba desde sus tiempos de acidez, periodo que superó rápidamente porque se aterrorizaba con el exceso de colores y vibraciones. Un patio sembrado de calabazas y una barda de piedra era lo que quedaba. Algunas flores silvestres y tres magueyes, ¿Sé le ofrece algo? Un joven de rostro angular, nariz respingada y ojos pequeños, con las manos entrelazadas en el abdomen salió de un templo alargado. Le buscó los pies: botas de escalador, ¿Cuántos años hace que fundaron este convento?, Pocos, ¿Cuánto permanecerá aquí?, el monje tenía el pelo alborotado, la frente amplia y se peinaba hacia atrás, Siempre, de voz reposada y mirada fría, guardaron silencio varios segundos, ¿Por qué lo dice?, Mientras sigan viniendo gentes como usted esto continuará vigente, y no puede permanecer aquí, es un lugar privado, se oyó el piafar de un caballo y el escándalo de dos perros que peleaban, Nick, Lily lo llamó desde la puerta que daba a la plaza, lucía más guapa que la noche anterior cuando le preguntó si le empacaba el traje de baño, Acá hay un señor que te puede orientar. El monje cerró la puerta tras ellos.

En Apulco se oye el giro terráqueo.

Era Tiburcio Ávalos, el jardinero, tenía 103 años y se confesaba todos los viernes primero. Fumaba cigarrillos.

¿Sus padres eran de acá?, No, señor, nacieron en Zacapu, Michoacán, él se fue a trabajar a Estados Unidos y pocos meses después vino por ella, murieron hace 18 años, Qué bonita la familia unida, había una cancha de futbol rápido, Usted no está bien de la cabeza, Pureco sonrió, ¿Por qué?, Lo que sobran son piedras, ¿qué no ve?, ¿Recuerda haber visto algunas diferentes, de color humano, algo así?, Recuerdo todo y siempre han sido iguales, ¿ustedes no son del gobierno? Un día vinieron a preguntar, querían saber cosas de uno: no les dijimos nada. Frente a la plaza la iglesia es el ejemplo a seguir. Un hombre montado en un burro arrea dos vacas, los saluda tocándose el sombrero. Su alta torre blanca está llena de palomas, Otro día llegaron a vacunar a los niños pero corrieron al monte, echó una espesa nube de humo, Escuincles del demonio, no agarraron a ninguno, los que no se fueron por el puente chico se fueron por el puente grande, porque tenemos dos puentes, ¿ya los vieron? Uno para mulas y otro para carros. En su cintura sobresalía la cacha en forma de cruz de un puñal plateado.

¿Sabe usted cómo se quitan la sed los hombres? Pureco fue a la tienda de la esquina por una botella de mezcal. El joven de los ojos pequeños se hallaba en una mecedora que rechinaba, le habían caído los años. Su cara era la de un anciano, lo miró respirando hondo, Espere, balbuceó con voz cascada, Pureco le prestó atención, ¿Qué? El otro se puso de pie y encorvado, trastabillando, salió a la calle. Los zapatos de escalador le quedaban flojos, eran viejos y no estaban acordonados. Fue tras él pero un inesperado ventarrón lo cegó, ¿Se le ofrece algo?, una mujer hermosa, con un vestido oscuro que le cubría desde el cuello hasta el tobillo, lo miraba profundamente, Ah, hola, ¿cómo se llama el monje?, cara recia, pelo largo igualmente cubierto, En este pueblo no hay monjes, señor, creemos que cuando mi marido termine el templo vendrán algunos, pero de momento no podemos contar con esa bendición, Pero, aquí atrás hay un convento, ave María purísima, ¿de dónde saca

eso buen hombre? La de atrás es mi casa, Pureco sintió perder un instante, la mujer, o una mujer parecida, cara recia, pelo largo, pero ajuarada con un vestido a la rodilla y cuello V, le entregó la botella, ¿Algo más?, Pureco no pudo recordar la calle por donde vivieron sus padres en Vandalia, Otra botella, por favor.

Señor Pureco, oficina en el tercer piso, decorado mexicano, encima de su primer restaurante en el barrio Pilsen en Chicago, Tiene llamada por la dos, me dice que es un conocido, que usted lo anda buscando, no recordaba haber buscado a nadie, no obstante tomó el teléfono, Soy Severiano Jiménez y nos hemos visto una vez en un restaurante japonés de La Villita, usted departía con un argentino que quería tomar leche, voz de fumador, Le sorprendió mi atuendo, no sé por qué, es la forma de vestir de los mexicanos de verdad, Ah, lo recuerdo perfectamente, dígame para qué soy bueno, Sabemos en lo que anda Pureco, y le pedimos, no, espere, le ordenamos que suspenda su búsqueda, deje a los muertos en paz; su pretensión es estúpida, aparte de que está entrando en terreno que no le corresponde, usted ni siquiera es de Jalisco; no estamos dispuestos a permitirle un solo paso en nuestro territorio; olvídense de sus corazonadas, de los indicios, de sus planes, olvídense de que lo pensó una vez; dedíquese a lo suyo, le ha ido bien, ¿para qué complicarse la vida?; si se empeña, agárrese, porque acabaremos con usted más pronto de lo que imagina; usted no nos conoce, Pureco, y le aconsejo que no quiera conocernos; son muchos años y usted es un mocosito que aún no aprende a limpiarse, No me digas, por qué no me. Clic.

Hagan de cuenta que le propuso: Pureco, ¿por qué no buscas las piedras, carnal?, ¿cómo qué cuáles?: las de Pedro Páramo. Si las encuentras resolveré todos tus proble-

mas por el resto de tus días: salud, dinero y amor, querido amigo.

Abandonó su oficina encolerizado. A pesar de los años y de las dietas macrobióticas de su mujer, conservaba el gesto de perro que le había dado fama en la línea de golpeo de los salvajes Spartans de la Universidad de Michigan.

En el estacionamiento, ¿Y ahora?, no supo cuál era su carro. Tuvo que accionar la alarma siete veces.

Hoy fuimos al cine y el desgraciado no paró de roncar. Sé lo que piensas: pertenece a una raza inferior. No te culpo, tu fracaso en la Bolsa Mexicana de Valores no da para menos; yo más bien creo que es su alimentación: nadie que coma carne con esa fiereza puede llegar incólume a los sesenta años; anda preocupado, tenemos tres restaurantes y quiere abrir otros dos, ya sabes cómo se pone, da vueltas en la cama, se levanta, deambula, prende la lámpara para consultar papeles y así; se lo he dicho mil veces: no es más rico el que más tiene sino el que menos necesita. Cuando regresábamos de Pilsen me preguntó si de joven había visitado México, ¿Estoy muy vieja, Nick?, casi me pongo furiosa, Antes de conocerlo, trató de arreglarlo. Ya se lo había contado: nunca fui, me daba escalofrío, siempre me pareció un lugar violento y sucio, jamás comprendí a mis amigas que se la pasaban soñando con Vallarta o Acapulco, ¿qué emociones podrían tener aparte de alcohol, drogas y sexo desbocado? Las veía patéticas, además, no olvides que los morenos me sacaban urticaria, claro, hasta que lo conocí a él, ¿te acuerdas de cuando te conté? Insensata de mí. Ni siquiera fue en una fiesta: fue en el maldito hospital, llegó acompañando a unos amigos de la universidad que habían sido apuñalados en un burdel, era una fruta madura, un jefe indio para comérselo a besos, algo tímido pero nada fuera de lo normal. Cómo te sorprendiste, ¿te acuerdas?, ¿tú, un